

Recensión

Creatividad. Números e imaginarios, de José Ángel Bergua (dir.), Enrique Carretero, Juan Miguel Báez y David Pac. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas, 2016.

Javier Diz Casal

jdizca@hotmail.es

Mediante este trabajo uno puede acercarse a las indagaciones de los autores sobre la creatividad principalmente. En *Creatividad. Números e imaginarios*, dirigido por Bergua y en colaboración con Carretero, Báez y Pac, se realiza un enorme esfuerzo conjugando el análisis cuantitativo con el cualitativo. Así pues, desde una perspectiva socio-estadística primero a lo largo de datos sobre comunidades y regiones, un hacer cualitativo segundo por medio del análisis y trabajo sobre historias de vida (no con una utilización al uso, sino más cercano a lo cotidiano que a lo exótico o infrecuente), un análisis etnográfico en tercer lugar desde la observación participante y un espacio para la discusión y la reflexión después, esta obra se vertebra así para acercarse a una comprensión holista de la creatividad que, sin duda, la acerca a lo sacro y evidencia las carencias de la época presente.

Esto lo hace escapando de lo exótico o del atractivo de la peculiaridad o la excelencia, como he indicado, en aras de interesarse por la creatividad desde lo cotidiano y lo imaginario. Desvinculándose también de una concepción de esto como ilusorio en tanto que una comprensión formal de la creatividad y lo imaginario.

Como he indicado de forma somera, primeramente el recorrido parte de un acercamiento cualitativo al contexto español por comunidades y provincias en el que se van desgranando, con gran habilidad, elementos como la tecnología, el talento y la tolerancia presentados como ejes vertebradores e impulsores de la creatividad. Todo ello en relación a los trabajos de Florida, pero desde una perspectiva crítica. En esta primera parte se trata de desgranar lo que se propone como creatividad relacionada con la economía y el mundo laboral. Se pretende poner de manifiesto la importancia y repercusión de la creatividad en el desarrollo económico por medio de una serie de índices y factores relacionados entre sí, pero no exentos de cierto encorsetamiento (p. 67) evidenciado en el término clase creativa, que al mismo tiempo diferencia su propuesta de la habitual que es la de tomar a las personas como un mero recurso natural y no como un flujo. Sea como fuere, Florida, Mellander y Stolarick utilizan ambas variables en otros trabajos. Con todo, el sesgo acá es enorme, al subrayar la influencia de la creatividad en unas profesiones y no en otras. En este sentido, Florida parece conceder un impulso creativo superior a determinadas profesiones que además relaciona con bohemios y

creadores clásicos, es decir, a pesar de las taxonomías propuestas en EE. UU. en relación a la industria cultural hacen más que evidente la importancia de la creatividad, pero parece injustificado negar que en todas las profesiones existe un componente creativo irreductible. Ergo, así presentada, puede entenderse más como lo instituido que como lo instituyente (pp. 14-15).

Seguidamente, la obra discurre hacia el tratamiento cualitativo por medio del análisis de historias de vida, como he dicho, desde la cotidianidad. El objetivo no sería otro que poner de manifiesto las limitaciones del modelo ampliamente explicado con anterioridad para llegar a una información biográfica más profunda, genuina, y personal, tratando la creatividad desde la educación (cosa que eluden hacer otros autores), las amistades, el trabajo y el tiempo libre. Este posicionamiento investigativo tan cualitativo y biográfico podría explicarse desde la frase: “el adulto creador hace uso repetido del capital de su infancia” (p. 84).

Continúa el trabajo ahondando en un análisis desde una visión etnográfica que deja ver la profunda importancia de lo social en la creatividad a diferencia de miradas puramente psicofisiológicas sobre el tema desde el imaginario. La coherencia de este tratamiento se deposita en la “enorme carga semántica de los símbolos” que es “la que facilita y estimula la creatividad. Tiene que ver con los significados” (p. 128). Aquí la perspectiva dota de un carácter radical a lo imaginario en la creatividad, tan presente por medio de ese “desdoblamiento” que Maffesoli expone. Lo imaginario como un recurso psicoantropológico que imprime creatividad a la cotidianidad y quizá como requerimiento de lo utópico. Los contextos trabajados en base a las redes explícitas e implícitas igualmente instituyentes resultan muy interesantes. Sin duda, la introducción de lo imaginario resulta un muy acertado aporte que se conecta con lo utópico como “heredero de la modernidad occidental. Su origen está íntimamente ligado al desmantelamiento del universo simbólico-religioso que había servido de soporte mental” (p. 155) una utopía impulsada desde lo cotidiano, intersticial, que trata de “reimaginizarlo” (p. 156). Por otra parte, se realiza un acercamiento al trabajo creativo por medio de los discursos de las personas colaboradoras que aportan elementos interesantes sobre los ritos de la creatividad y la búsqueda de una visión, “este ver es como un vuelo chamánico por el imaginario colectivo” (p. 209). Juegos e inspiración, imaginación y trascendencia, mágico y social se imbrican aquí para perfilar la “creatividad” o el “riesgo.” Las reflexiones de los informantes ayudan a llegar a unas conclusiones que patentizan ciertos matices del carácter de la persona creativa y algunos procesos como la bisociación y, ciertamente, la importancia de lo imaginario, como he referido, a pesar de esa iconoclasia tan idiosincrática de estas coordenadas.

Este trabajo difícilmente dejará indiferente a la persona lectora tras su complejidad y su muy deseada y destacable humildad al poner sobre la mesa las limitaciones de todo hacer científico. En todo caso, el trabajo es un hacer muy orientado que se concede, por mérito propio, la capacidad de moverse desde un logos por un ethos.